



— ALBUM —
Commemorativo de la Reconstrucción
E INAUGURACION
DIOS Y PATRIA
PASEO DE AGUAS

Lima, mayo de 1939.

Vista antigua del Puente de Piedra





— ALBUM —

Conmemorativo de la Reconstrucción
E INAUGURACION
DEL
PASEO DE AGUAS

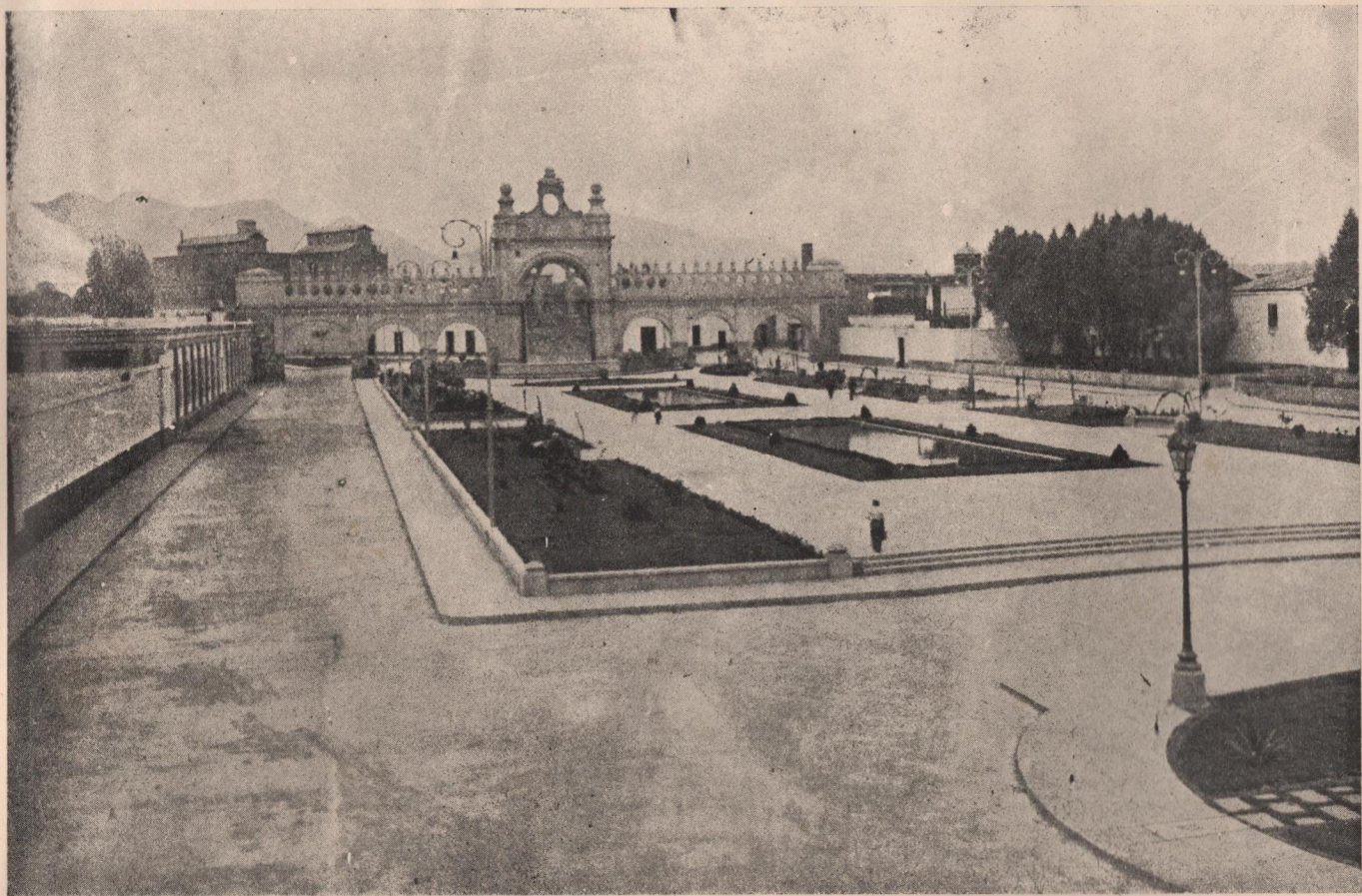
Lima, mayo de 1939.





Sr. General de División don OSCAR R. BENAVIDES, Presidente de la República, en cuyo período se reconstruyó e inauguró el Paseo de Aguas.

El Paseo de Aguas



Vista panorámica del Paseo de Aguas.



Vista del Paseo de Aguas antes de su reconstrucción.

EL PASEO DE AGUAS

UNA RESEÑA DE ESTE MONUMENTO

Entre los sectores de la Capital, indiscutiblemente, el del Rímac es el que ha conservado su fisonomía colonial, venciendo el vértigo renovador de nuestra época. En un rincón evocador de este tradicional Distrito, está situado el Paseo de Aguas, monumento representativo de lo que, de más genuino y original, queda de nuestro pasado virreynal. Su origen y construcción ha sido aureolado por la leyenda, asociándolo a un episodio romántico de uno de los gobernantes españoles; como un brochazo espontáneo y original de la Colonia en aquellos tiempos, que bien puede parangonarse con sus similares, en esa misma época, de la Europa de Luis XV.

No se puede hablar del Paseo de Aguas, sin vincularlo al nombre del Virrey don Manuel Amat y Junient. Nombrado trigésimo primer virrey del Perú, el año de

1761, entonces uno de los máspreciados por la Metrópoli en estas tierras de América, venía precedido de fama de hombre enérgico y experimentado en la administración pública, por su actuación en la Capitanía General de Chile, de donde fué trasladado al Perú.

Durante su estancia en esta Ciudad de los Reyes, conoció entonces a la cautivante criolla Micaela Villegas. Y el recio corazón del arrogante soldado español, se sintió fascinado por los encantos de esta mujer singular. Se relatan anécdotas de exquisito sabor que se refieren a los encendidos amores de la criolla Villegas con el Virrey Amat. El nombre de la Perricholi—mote familiar, adulteración de “perra-chola” en el dejo catalán del Virrey enamorado— se ha hecho proverbial. Con esta nominación motejaba el Virrey a su favorita, en los instantes de que-

rella y de duda, que derramaban nostalgia en el viejo corazón del gobernante. Las crónicas de la época refieren que la Perricholi era una comediente dilecta, que poseía negros y penetrantes ojos, cual daga toledana y un alma juvenil, gallarda y retozona, propia de su temperamento artístico. Por eso sacó de quicio al severo y sexagenario Virrey, haciéndole caer en la razón de la sin razón. Por eso también colmó de favores a su gentil amiga, pese a las murmuraciones de la adusta y orgullosa sociedad colonial. Precisamente, como ofrenda a la Perricholi, al conjuero del amor y de la galantería, hizo construir el Paseo de Aguas (1770-1772), lugar de recreo, complementario de la casa solariega de la Perricholi, que se levantaba en los lindes de este Paseo; convirtiéndose, desde luego, en rincón acogedor donde se refugiaba el Virrey enamorado, en busca de reposo y coloquios románticos, que le hicieran olvidar un poco de las graves preocupaciones del gobierno de estas tierras y pueblos.

Dentro de las lares de este Paseo se agitó, pues, la mujer más criolla y seductora de aquellos tiempos pretéritos. Ella supo, con su frivolidad y alardes muy femeninos, poner colorido y algazara en el panorama monótono y recatado de la sociedad virreynal. Seguro del poder de sus encantos, de la magia de su ingenio y de la influencia subyugante que irradiaba su persona, saltó sobre los prejuicios imperantes y, en su egolatría, no toleró tampoco que nadie pusiera reparos a sus actitudes. Por eso, en cierta ocasión— se cuenta— no vaciló en cruzar con su látigo el rostro de su director teatral, en plena función; no im-

portándole que ello le ocasionara escándalo colectivo y el serio disgusto de su dueño y protector. Empero, ese espíritu altanero, criollísimo por su desenfado y donaire casquivano, obedeciendo a sus naturales sentimientos religiosos, ofreció, contrita, su calesa para que sirviera de vehículo al Dios de sus místicas creencias— un día de Porciúncula— en que espléndida y ricamente ataviada, se dirigía a su casa de la Alameda de los Descalzos, junto al Paseo de Aguas, el mismo que animó con sus desvaríos y caprichos de mujer y de artista. Y allí también en esa casa solariega dejó el mundo para siempre, depurada el alma por la fe y el arrepentimiento. Porque estos eran casos frecuentes en aquellos tiempos de fé y de sinceridad religiosa; modalidad muy característica de la raza española, que heredaron los hijos americanos. Porque “España nos dió con su sangre cuanto de malo y de bueno había en su espíritu: la crueldad y el valor, la superstición y la fe, el orgullo y la hidalguía, el odio y el amor”.

El Paseo de Aguas formaba entonces, como hoy, conjunto con la Alameda de los Descalzos, lugar éste preferido por lo que había de más representativo en la sociedad colonial, en nobleza y fortuna. ¡Cuánto señorío y nobleza, a la vez qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía se deslizaba entonces por los pasadizos de la espléndida Alameda de los Descalzos! Al influjo de la fantasía podemos revivir el cuadro solemne y fastuoso que presentaba la Alameda en los días de fiesta o en las tardes estivales, cuando se daban cita los señores y las damas linajudas, congestionando las

entrecruzadas con multitud de calezas deslumbrantes. Y al extremo, frente a este desfile y boato regio, el Virrey enamorado, gozando del idilio vivificante, tras las celosías del solar perricholesco, que se erguía como marco del Paseo de Aguas.

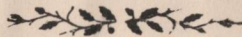
Durante un largo período ha permanecido este Paseo completamente olvidado. Casi ruinoso parecía destinado a desaparecer. Pero teniendo en cuenta su importancia colonial, los atributos con que la leyenda le había adornado, el Concejo del Rímac, que preside el Dr. Augusto Thorndike, joven y dinámico burgomaestre de este Distrito, se empeñó en restaurarlo ampliamente, de acuerdo con su prestancia y su tradición. Y hoy, nuevamente, se ofrece al Paseo de Aguas a la contemplación pública en todo su esplendor y magnificencia. Sin exageración puede decirse que es uno de los monumentos típicos de nuestro pasado colonial, que se puede ofrecer a la curiosidad de viajeros y turistas. Además, de constituir un hermoso lugar de esparcimiento y recreo, que embellece nuestra Capital, bajo el sortilegio de lo que fué antaño, seguirá siendo el sitio de atracción de gentes sobrias y sañudas, que tratan de desterrar su cansancio o aburrimiento, como también de jóvenes galanes que van a dar suelta a sus ensueños y esperanzas. Acaso los manes del Virrey y de la Perricholi continuarán vagando, como dioses

tutelares de los soñadores y de los románticos, en torno de este Paseo que surgió al conjuro del amor y de la galantería y por lo mismo imperecedero. Porque la vida de las colectividades no es solamente esfuerzo tenaz y trabajo implacable, sino también alegría y ensueño, ideal y tradición. En lo individual como en lo colectivo, así se teje la leyenda y se hace la historia; se forja la personalidad de un pueblo. Hay cosas o monumentos que ejercen esta clase de sugestión y tienen este relieve trascendente como el Paseo de Aguas.

NOTA.— La construcción del Paseo de Aguas duró dos años: de 1770 a 1772; habiendo costado 43,000 pesos, tal como lo dejó el Virrey Amat. Para mayores detalles véase el artículo de Alberto Santibañez Salcedo, coleccionado en el libro "Lima Precolombina y Virreynal".— Artes Gráficas. —Tipografía Peruana S. A. 1938.

La reconstrucción del actual Paseo de Aguas ha costado al Concejo del Rímac S/o. 150,000.00 (ciento cincuenta mil soles oro); incluyendo en esta suma el aporte de la Comisión de Restauración de Monumentos Históricos de Lima, ascendente a S/o. 9, 580.06 (nueve mil quinientos ochenta soles oro, seis centavos).— Se comenzó la obra en octubre de 1938 y se inauguró el 27 de mayo de 1939.

La CASA de la Perricholi estaba situada en la esquina de la que es hoy la Fábrica de Cerveza Backus & Johnston's Brewery. Aún se conserva interiores pintorescos de esta residencia colonial.





Don MANUEL de AMAT y JUNIENT, 31° Virrey del Perú

La Perricholi

LA PERRICHOLI

CRONICA DE DON JOSE ANTONIO DE LAVALLE Y ARIAS DE SAAVEDRA

Lima ha debido la fama de que ha gozado y aún goza en el mundo, más a la hermosura y donaire de sus hijas, que a su riqueza tan proverbial como exagerada. Quién en otros climas dice limeña, dice hermosa; y sin embargo, dicho sea con perdón de nuestras pretéritas y presentes paisanas, la fisonomía general de la limeña, está muy lejos de corresponder al tipo absoluto de la belleza femenina, tal cual está consagrado por el genio de las artes. La limeña no brilla por la pureza admirable de las líneas de la Venus de Praxíteles; ni ostenta los cabellos de oro de la Flora de Ticiano; ni tiene la morbidez de la Antiopé de Correggio; ni la opulencia de formas de las Gracias de Rubens; ni el aire regio de la Fornarina de Rafael— de la romana en general, emperatriz coronada de

su blanco panno, como Roma, Emperatriz del mundo, aunque la envuelva, en vez de la toga de púrpura, el agujereado manto de la decadencia. No; la limeña no posee ninguna de estas dotes; pero tiene el ojo chispeante de las hijas del desierto que le legaron los árabes, la gracia de las náyades del Guadalquivir y la seducción de la Cava; la gracia, la seducción, el encanto, el indefinible *no se qué*, caracteres indescritibles de la belleza de la mujer, que valen tanto, quizá más, que las condiciones consagradas de la belleza absoluta y de que goza en alto grado la limeña.

Si de las condiciones físicas se pasa al examen de las cualidades morales, se encontrará en la limeña un con-

junto lleno de no menor atractivo. Inteligente, viva, locuaz, amante del lujo y del placer, con el corazón abierto a todas las buenas impresiones, capaz de todos los sacrificios y de toda la abnegación que se puede exigir de la mujer, y profundamente religiosa en todas las circunstancias de su vida. De una limeña se puede esperar cuanto grande y cuanto bueno se quiera, porque tiene muy desarrollado el entusiasmo, que es el móvil de todo lo grande, de todo lo bueno.

Un escritor francés ha dicho en alguna parte, que la limeña está personificada en Santa Rosa y en la Perricholi, porque es un conjunto de las cualidades de ambas. Protestamos contra semejante amalgama, que envuelve una profanación y una injusticia. Una profanación, porque Santa Rosa es un ser que sale del nivel común de los mortales; una injusticia porque la Perricholi está allí considerada como el elemento del mal; lo que es falso, completamente falso. La Perricholi es, élla sola, una personificación completa de la limeña genuina del siglo XVIII, con todas sus condiciones físicas y morales, con sus virtudes y sus defectos; y bajo ese aspecto merece ser estudiada, además del interés histórico y social que pudiera ofrecer su personalidad.

I

¿Quién fué la Perricholi?. La Perricholi fué una mujer. ¿Dice tanto y dice tan poco esta palabra— una mu-

jer— según el sentido en que se la tome! Para unos, una mujer, es un ser viviente al que la naturaleza dotó con ciertos caracteres físicos, a fin de perpetuar, por su medio, la obra del sexto día de la creación. Para otros, una mujer, es un himno de amor o un cántico sagrado, un templo doméstico, o un libro de filosofía, un drama en mil cuadros o un bosque misterioso de Cipryna. La Perricholi fué el himno de amor, el libro de filosofía, el drama viviente y el bosque misterioso; no fué nunca el templo doméstico; pero sí una nota resonante del cántico inmenso que la creación eleva al trono de Dios.

¿De dónde vino la Perricholi?, ¿cuál fué su origen?, ¿cuál su cuna?. ¿Qué nos importa! ¿Pregúntase nunca de dónde viene el ave que pasa gorjeando; de dónde nace el arroyuelo que se desliza murmurante, de qué germen brotó la flor que embalsama el aire con su aroma? La Perricholi, ave de rico plumaje, lanzó al viento las purísimas notas de su garganta; manso y límpido arroyuelo, murmuró dulces palabras de amor; flor de fúlgidos colores, esparció el perfume que encerraba su corola. Ave, arroyo y flor pasan rápidamente sobre la tierra, y élla pasó también; pero dejó marcada en nuestra historia la leve huella de su pulido pie, y su sombra vaporosa flota aún, graciosamente, entre los pliegues del velo misterioso que cubre el escenario de los tiempos que se fueron.

¿Cómo se llamó la Perricholi, y por qué es conocida con este nombre? La Perricholi se llamó Micaela Vi-

llegas: sus amigos la llamaban *Miquita*, y el pueblo La Perricholi. Este es el hecho; la causa se ignora, no obstante las versiones más o menos absurdas que consigna la tradición.— ¡La Perricholi! fué un apodo injurioso? ¿fué una denominación cariñosa? ¿Qué importa! Hay más gracia, más misterio en este nombre, que en el vulgar de *Micaela* o que en el ridículo de *Miquita*.

11

La Perricholi, cantatriz y actriz cómica a la vez, reinaba sin rival en el teatro de Lima hace más de un siglo; y su doble corona de actriz en boga y de mujer hermosa, atraía hacia ella a una multitud dorada de la que era ídolo, y que quemaba en sus aras el incienso del amor, cubriendo con ofrendas de oro su profano altar. La aparición de la Perricholi en las tablas había tenido lugar en el año de 1760, y en el siguiente de 1761, llegó a Lima don Manuel de Amat y Junient, con el carácter de Virrey, Gobernador y Capitán General del Perú. En las fiestas con que la entonces opulenta Ciudad de los Reyes celebró su inauguración en el mando, vió por primera vez el viejo Virrey a la joven actriz, y las nieves que habían amontonado los años sobre el corazón del guerrero, se fundieron al calor de los rayos que despedían los negros ojos de la cómica, encendiéndose en él una de aquellas tremendas pasiones que, para vergüenza de la pobre huma-

nidad, asaltan a veces al hombre, cuando parece que más seguro debía hallarse de sí mismo; y desde aquel día, el representante del austero monarca de Castilla, (1) fué humilde esclavo de la actriz peruana.

La Perricholi no resistió a tan alto homenaje, y fué en el Virreinato de Amat, lo que la Montespan en el reinado de Luis XIV, o más bien lo que la Dubarry en el de Luis XV; si, lo que la pobre Juana Vaubernier, porque la Perricholi no cubrió como la Marquesa de Montespan, la túnica rasgada de la prostituta con el manto bordado de la dama de Corte, ni convirtió como la Marquesa de Pompadour, la alcoba en gabinete. La Perricholi se conservó en toda la verdad de su carácter al pie del solio virreinal, como la Dubarry en las gradas del regio trono; y no sólo tienen entre sí este punto de contacto: tienen otros más— la triste misión que a ambas cupo. Juana Vaubernier y Miquita Villegas tuvieron la árdua tarea de reanimar con el calor de su juventud, corazones helados por los años o agotados por la corrupción.— ¡Miserable suerte!

Dueña enteramente del corazón del sexagenario Virrey, la Perricholi dominó completamente su espíritu; pero el imperio que ejercía no se hizo sentir nunca por el efecto del mal. Al contrario: su gracia y su hermosura,

(1).—Fernando VI, príncipe notable por la austera severidad de sus costumbres y por su amor conyugal.

su alegría y su bondad, templaban la dureza del carácter de su semi-real amante. Fué la reina de las fiestas que distinguieron el espléndido virreinato del fastuoso Amat: la Egeria inspiradora de los grandiosos proyectos que concibió el Luis XIV del Perú, para embellecer la ciudad de los Reyes; la Ondina a quien se destinaba

el claro paseo de aguas
que el ingenio hará corriente. (2)

y cuyas murmurantes ondas debían arrullar su sueño; derramó sobre la fría corte de los Virreyes el perfume de su juventud, iluminándola con el resplandor de su hermosura. En la cumbre del favor y de la fortuna, satisfizo plenamente sus fantasías y caprichos femeniles; deslumbró con su lujo; se embriagó con el incienso de la adulación; la adormecieron las músicas; deleitáronla los aplausos y cubrieron las flores su cabeza.

III

La Perricholi, según las noticias que nos ha transmitido la tradición, era por aquellos años una mujer completamente seductora: de formas pulidas y graciosas, sus movimientos estaban llenos de vivacidad y ligereza; su

(2).—Copla del Ciego de la Merced.

tez ligeramente morena, era suave como el terciopelo; sus grandes y acerados ojos, ora lanzaban dardos ardientes, ora se velaban lánguidos, bajo la doble cortina de sus rizadas pestañas; su boca roja, como la granada entreabierta, dejaba ver, cuando se reía, una doble hilera de dientes blancos y menudos; de su pequeña cabeza pendía una abundante y riza cabellera negra de azulados reflejos; sus pies y sus manos hubieran desesperado, por su perfección y pequeñez, al cincel de Coustou.

Sin haber recibido ninguna educación primera, la Perricholi comprendía todo con facilidad suma, porque tenía una inteligencia extraordinariamente clara y rápida. Hablaba con gran locuacidad y salpicaba su conversación de chistes y de apreciaciones originales; pronta para descubrir el lado ridículo de las personas y de las cosas, imitaba maravillosamente el modo de ser de cuantos conocía; y estas condiciones de su carácter, la hacían sumamente apta para el desempeño de los papeles cómicos, en los que era verdaderamente sobresaliente: gustaba infinito de la sociedad inteligente e ilustrada, y todas las tardes reunía en su casa de la ALAMEDA, multitud de personas distinguidas: en élla, y en el balcón morisco que aún existe, se disertaba de todo en amena conversación, mientras el paladar saboreaba el café de Huánuco, rival del de Moka, y los ojos se perdían en la multitud de doradas carrozas que poblaban la Alameda. Esta sociedad había desarrollado en élla el sentimiento de lo bello y de lo grandioso y su pasión por las obras de arte y por los

grandes monumentos era extrema; élla sugirió a su casi real amante, la idea del *Paseo de Aguas*, que, si hubiera llevado a término, hubiera rivalizado con los juegos de aguas de San Cloud y de La Granja.

Pero no sólo era notable la Perricholi por las cualidades de su espíritu y por las gracias de su cuerpo; no; los sentimientos de su corazón eran elevadísimos. Caritativa en extremo, jamás fué sorda a la llamada de la miseria, ni negó consuelos al dolor; y el oro con que su hermosura la cubría, caía convertido en refrigerante lluvia sobre el desnudo hogar del mendigo y sobre la cuna abandonada del huérfano. Profundamente religiosa, en medio de sus extravíos, se sustraía frecuentemente al homenaje de la turba que la rodeaba, para ir a refrescar su frente abrazada por los vapores mundanales, sobre el frío mármol del santuario. Un hecho de su vida dá la medida de la exaltación del sentimiento religioso en el alma de la Perricholi. Referirémoslo.

IV

El Rey de Nápoles que era entonces el que lo fué después de España con el nombre de Carlos III, concedió a Amat la Gran Cruz de la Orden de San Genaro, que acababa de fundar. Esta gracia fué celebrada en Lima con fiestas verdaderamente regias; y la Perricholi concii-

bió el audaz designio de concurrir a éllas en una carroza arrastrada por doble tiro de mulas, privilegio especial de los títulos de Castilla. Realizó su intento con grande escándalo de la aristocracia de Lima; recorrió las calles de la Alameda en una soberbia carroza cubierta de doradas y de primorosas pinturas, arrastrada por cuatro robustas mulas, conducidas por postillones brillantemente vestidos, con libreas galoneadas de plata, como los lacayos que iban en la zaga; más cuando volvía a su casa, radiante de hermosura y rebozando en el placer que procura la vanidad satisfecha, se encontró por la calle de San Lázaro, con un sacerdote de esa Parroquia, que conducía a pie el Sagrado Viático. Su corazón se desgarró al contraste de su esplendor de cortesana con la pobreza del Hombre-Dios; de su orgullo humano con la humildad divina; y descendiendo rápidamente de su carruaje, hizo subir a él al humilde sacerdote que llevaba en sus manos el cuerpo de Cristo. Anegada en lágrimas de ternura, acompañó al Santo de los Santos, arrastrando por las calles sus encajes y brocados; y no queriendo profanar el carruaje que había sido purificado por la presencia de Dios, regaló en el acto carros y mulas, postillones y lacayos, tiros y libreas a la Parroquia de San Lázaro. (3).

(3).—Este hecho, que cuenta Radiguet (*L'Amérique Espagnole*) y ha servido de tema a Merimée para su comedia titulada *La Carrosse du Saint Sacrement* (*Theatre de Clara Gazul*), lo coloca nuestro amigo Palma (*Tradiciones Peruanas*) en un día de la Porciúncula. El día importa poco desde que el hecho es verdadero.

Hallábase la Perricholi en toda la florescencia de su hermosura y en todo el auge de su fortuna, y “muchos días quedábanle aún que contar en el seno de las voluptuosidades profanas”, según la expresión de Radiguet, cuando un día descendió al fondo de su corazón y lo encontró vacío y hastiado, inquieto y agitado; volvió la vista a su alrededor y vió que nada le faltaba de cuanto había soñado en sus sueños de felicidad y en sus delirios de ambición; formuló nuevos deseos y una turba diligente convirtiólos al punto en realidades; y, no obstante, su corazón se oprimió y las lágrimas saltaron de sus ojos.... ¿Por qué lloraba la hermosa cortesana? ¿Caprichos del corazón femenino? ¡Nó!. Era que Dios, ese Dios a quien había buscado siempre, aún en medio de la embriaguez de los mundanales goces; ese Dios, en cuyas aras había derramado más de una vez la copa rebosante de sus placeres, como sacrificio propiciatorio, tocaba las puertas de su corazón. El *buen Pastor* “que deja en el monte las noventinueve ovejas y vá en busca de la que se le ha descarriado, porque el hallazgo de una sola le causa mayor complacencia que las noventinueve que no se le han perdido” (4) venía en busca de la oveja extraviada, que yacía enredada entre las zarzas que teje el placer. No fué sorda la bella actriz a la llamada de su Dios: despojóse

(4).—San Mateo.

del traje tejido de oro y plata, arrancó de su cuello los diamantes de fúlgidos reflejos y las perlas de nítida blancura, arrojó lejos de sí los velos de trasparente encaje, y sus espléndidos cabellos cayeron bajo el cortante acero. Los mágicos acentos de su voz no volvieron a agitar las bambalinas del Teatro, ni los pliegues de las cortinas de la alcoba, recogieron más las dulces palabras de sus labios.... El toscó sayal de las vírgenes del Carmelo reemplazó las caprichosas galas; las bóvedas del Santuario repercutieron sus sollozos y el murmullo de su férvida plegaria se elevó, entre los espirales del incienso, al trono del Dios de las misericordias.

V I

Largos años vivió aún Miquita Villegas, la seductora Perricholi, en la práctica de las más austeras virtudes; consagrando al alivio de la miseria las riquezas que le procuraron sus culpables extravíos; y cuando murió, el 17 de mayo de 1819 (5), en la casa de la *Alameda Vieja*, cubierta de bendiciones, “la acompañó el sentimiento unánime y dejó recuerdos gratos al pueblo limeño”. (6)

(5).—En una carta escrita en 18 de mayo de ese año desde esta ciudad, por don Antonio Alvarez del Villar, al padre del que esto escribe, a la sazón en la de Arequipa, leemos: “ayer enterramos a la Perricholi”, lo que nos permite fijar la fecha de su muerte en el 17 de mayo de 1819, y no como dice Radiguet en 1812, esto es siete años antes.

(6).—Radiguet *L'Amérique Espagnole*.

La Perricholi fué como hemos dicho *una mujer*. Tuvo por patrimonio la gracia y la hermosura, la debilidad y la ambición, la ternura y la caridad. Amó mucho al mundo, pero amó más a Dios. El amor del mundo la perdió en sus verdes años; pero el amor de Dios la salvó del abismo de flores en que se hallaba sumida. Purificó su alma en la llama de la caridad, y curó las llagas de su corazón con el bálsamo de la oración. Magdalena, en el extravío, derramó, como la cortesana de Judea, la esencia de su juventud y de su hermosura sobre los sangrien-

tos pies del Redentor. Dios, que hizo de aquella la consoladora imagen de la purificación del alma extraviada por el fuego vivificante del amor divino, habrá perdonado a ésta sus descarríos en gracia de su arrepentimiento y de su dolor.

José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra.

En un ejemplar de la Guía de Forasteros para el año de 1819 por el Dr. Don José Gregorio Paredes, que existe en la Biblioteca Nacional, encuadrado en un tomo con las guías procedentes de 1813 y siguientes y que perteneció a la colección de don Manuel Ross, se lee manuscrito de letra muy antigua, en la página correspondiente al mes de Mayo vuelta, la siguiente nota: "El 16 de éste murió ejemplarmente la Mica Villegas, alias la célebre cómica Perricholi".





MICAELA VILLEGAS, La Perricholi.

El único retrato, de una miniatura existente en el Museo de la Quinta de Presa.

GENIALIDADES de la PERRICHOLI

TRADICION DE DON RICARDO PALMA

I

Micaela Villegas (la Perricholi) fué una criatura ni tan poética como la retrató José Antonio de Lavalle, en el "Correo del Perú", ni tan prosaica como la pintara su contemporáneo el autor anónimo del "Drama de las Palanganas", injurioso opúsculo de cien páginas en 4º que, contra Amat, se publicó en 1776, a poco de salido del mando, y del que existe un ejemplar en el tomo 25 de "Papeles Varios" de la Biblioteca Nacional. Así de ese opúsculo, como de los titulados "Conversata y Narración exegénica", se declaró, por decreto de 3 de marzo de 1777,

prohibida la circulación y lectura, imponiéndose graves penas a los infractores.

No es cierto que Miquita Villegas naciera en Lima. Hija de pobres y honrados padres, su humilde cuna se mecía en la noble ciudad de los Caballeros del León de Huánuco, allá por los años de 1739. A la edad de cinco años trájola su madre a Lima, donde recibió la escasa educación que, en aquel siglo, se daba a la mujer.

Dotada de imaginación ardiente y de fácil memoria, recitaba con infantil gracejo, romances caballerescos y escenas cómicas de Alarcón, Lope y Moreto; tañía con habilidad el arpa y cantaba con donaire, al compás de la guitarra, las tonadillas de moda.

Muy poco más de veinte años contaba Miquita, en 1760, cuando pisó por primera vez el proscenio de Lima, siendo desde esa noche el hechizo de nuestro público.

I I

¿Fué la Perricholi una belleza? No, si por belleza entendemos la regularidad de las facciones y armonía del conjunto; pero si la gracia es la belleza, indudablemente que Miquita era digna de cautivar a todo hombre de buen gusto.

De cuerpo pequeño y algo grueso, sus movimientos eran llenos de vivacidad, su rostro oval y de un moreno pálido, lucía no pocas “cacarañas” u hoyitos de viruelas, que élla disimulaba, diestramente, con los primores del tocador; sus ojos eran pequeños, negros como el “chorolque” y animadísimos; profusa su cabellera, y sus pies y manos microscópicas; su nariz nada tenía de bien formada, pues era de las que los criollos llamamos “ñatas”; su lunarcito sobre el labio superior, hacía irresistible su boca, que era un poco abultada, en la que ostentaba dientes menudos y con el brillo y limpieza del marfil; cuello bien contorneado, hombros incitantes y sano turgente. Con tal mezcla de perfecciones e incorrecciones podía pasar, hoy mismo, por bien laminada o buena moza. Así nos la retrató— hace ya fecha— un imparcial y prosaico anciano, que alcanzó a conocerla en sus tiempos de esplendor;

retrato que dista un poco del que, con tan espiritual como galana pluma, hizo Lavalle.

Añádase a esto que vestía con elegancia extrema y refinado gusto y que, sin ser limeña, tenía la genial travesura y salpimentado chiste de la limeña.

I I I

Acababa Amat de encargarse del gobierno del Perú cuando, en 1762, conoció en el teatro a la Villegas, que era la actriz mimada y que se hallaba en el apogeo de su juventud y belleza. Era Miquita un fresco pimpollo, y el sexagenario Virrey que, por sus canas, se creía ya asegurado de incendios, cayó de hinojos ante las plantas de la huanuqueña, haciendo por élla, durante catorce años, más calaveradas que un mozalvete, con no poca murmuración de la almidonada aristocracia limeña, que era, por entonces, un mucho estirada y mojjigata.

El enamorado galán no tenía escrúpulo para presentarse en público con su querida y, en una época en que Amat iba a pasar el domingo en Miraflores, en la quinta de su sobrino el Coronel don Antonio de Amat y Rocaberti, veíasele, en la tarde del sábado, salir de palacio, en la dorada carroza de los virreyes, llevando a la Perricholi a caballo, en la comitiva, vestida a veces de hombre, y otras con lujoso faldellín celeste recamado con franjas

de oro y sombrerillo de plumas, que era Miquita muy gentil equitadora.

Amat no fué un virrey querido en Lima, y eso que contribuyó bastante al engrandecimiento de la ciudad. Acaso por esa prevención se exageraron sus pecadillos, llegando la maledicencia de sus contemporáneos hasta inventar que, si emprendió la fábrica del Paseo de Aguas, fué sólo por halagar a su dama, cuya espléndida casa era la que hoy conocemos vecina a la Alameda de los Descalzos y al pie del muro del río. También proyectó la construcción de un puente en la Barranca, en el sitio que hoy ocupa el puente de Balta.

Un librejo de esa época, destrozando a Amat en su vida ya pública, ya privada, lo pinta como el más insaciable de los codiciosos y el más cínico defraudador del real tesoro. Dice así: "La renta anual de Amat, como virrey, era de sesenta mil pesos, y más doce mil para las gratificaciones de los ramos de Cruzada, Estanco y otros, que, en catorce años nueve meses de gobierno, hacen un millón ochenta mil pesos. Calculo también en trescientos mil pesos, más bien más que menos, cada año, lo que sacaría por venta de los setenta y seis corregimientos, veintinueve oficialías reales y demás innumerables cargos; pues por el más barato recibía un obsequio de tres mil duros, y empleo hubo por el que guardó veinte mil pesos. De estas grangerías y de las "hostias sin consagrar" no pudo, en catorce años, sacar menos de cinco millones, amén de las onzas de oro con que, por "cuelgas", lo agazajaba el Cabildo el día de su santo".

El mismo maldiciente escritor dice: que si Amat anduvo tan riguroso y justiciero con los ladrones Ruda y Pulido, fué porque no quería tener competidores en el oficio.

No poca odiosidad concitóse también nuestro virrey por haber intentado reducir el área de los monasterios de las monjas, vender los terrenos sobrantes y aún abrir nuevas calles, cortando conventos que ocupaban más de una manzana; pero fué tanta la grita que se armó, que tuvo Amat que desistir del saludable propósito.

Y no se diga que fué hombre poco devoto el que gastó cien mil pesos en reedificar la torre de Santo Domingo, el que delineó el camarín de la Virgen de las Mercedes, costeano la obra de su peculio, y el que hizo el plano de la Iglesia de las Nazarenas y, personalmente, dirigió el trabajo de albañiles y carpinteros.

Como más tarde contra Abascal, cundió contra Amat la calumnia de que, faltando a la lealtad jurada a su rey y señor, abrigó el proyecto de independizar el Perú y coronarse. ¡Calumnia sin fundamento!

Pero observo aquí que, por dar alimento a mi manía de las murmuraciones históricas, me voy olvidando que las genialidades de la Perricholi son el tema de esta tradición. Pecado reparado está casi perdonado.

IV

Empresario del teatro de Lima era, en 1773, un actor apellidado Maza, quien tenía contratada a Miquita

con ciento cincuenta pesos al mes que, en esos tiempos, era sueldo más pingüe que el que hoy podríamos ofrecer a la Ristori o a la Patti. Ciertamente que la Villegas, querida de un hombre opulento y generoso, no necesitaba pisar la escena; pero el teatro era su pasión y su deleite, y antes de renunciar a él habría roto sus relaciones con el virrey.

Parece que el cómico empresario dispensaba, en el reparto de papeles, ciertas preferencias a una nueva actriz conocida por la Inesilla, preferencias que traían a Miquita con la bilis sublevada.

Representábase una noche la comedia de Calderón de la Barca: ¡Fuego de Dios en el querer bien! y estaban sobre el proscenio Maza, que desempeñaba el papel de galán, y Miquita, el de la dama, cuando, a mitad de un parlamento o tirada de versos, murmuró Maza en voz baja:

—Más alma, mujer, más alma! Eso lo declamaría mejor la Inés.

Desencadenó Dios sus iras. La Villegas se olvidó de que estaba delante del público y alzando un chicotillo que traía en la mano, cruzó con él la cara del impertinente.

Cayó el telón. El respetable público se sulfuró y armó una de gritos: a la cárcel la cómica! ¡a la cárcel! El Virrey, más colorado que un cangrejo cocido, abandonó su palco y, para decirlo todo de un golpe, la función concluyó a capazos.

Aquella noche, cuando la ciudad estaba ya en profundo reposo, embozose Amat, se dirigió a casa de su querida, y la dijo:

—Después del escándalo que has dado, todo ha concluído entre nosotros, y debes agradecerme que no te haga mañana salir al tablado a pedir, de rodillas, perdón al público.— Adiós, Perri-choli!

Y sin atender a lloriqueo, ni soponcio, Amat volteó la espalda y regresó a palacio.

Como en otra ocasión lo hemos apuntado, Amat hablaba con muy marcado acento catalán y, en sus querellas de amante, lanzaba a su concubina un ¡perra-chola! que, al pasar por su boca sin dientes, se convertía en perri-choli. Tal fué el origen del apodo.

Lástima que no hubiéramos tenido, en tiempos de Amat, periódicos y gacetilla. ¡Y cómo habrían retozado cronistas y graneleros, al poner a sus lectores en autos de la rebujina teatral! ¡Paciencia! Yo he tenido que conformarme con lo poco que cuenta el autor anónimo.

Amat pasó muchos meses sin visitar a la iracunda actriz, la que tampoco se atrevía a presentarse en el teatro, recelosa de la venganza del público. Pero el tiempo que todo lo calma, los buenos oficios de un corredor de oreja llamado Pepe Estacio, las cenizas calientes que quedan donde fuego ha habido y, más que todo, el amor de padre....

Ah! Olvidaba apuntar que los amores de la Perri-choli con el virrey habían dado fruto. En el patio de la casa de Puente Amaya se veía, a veces, un precioso chiquillo, vestido con lujo y llevando al pecho una bandita roja, imitando la que usan los caballeros de la real orden

de San Genaro. A ese nene solía gritarle su abuela desde el balcón:

Quítate del sol, niño, que no eres un cualquiera sino hijo de cabeza grande. (1).

Con que decíamos que, al fin, se reconciliaron los reñidos amantes, y si no miente el cronista del librejo, que se muestra conocedor de ciertas interioridades, la reconciliación se efectuó el 17 de setiembre de 1775.

Pero era preciso reconciliar también a la Perricholi con el público que, por su parte, había casi olvidado lo sucedido año y medio antes. El pueblo fué siempre desmemoriado, y tanto que hoy recibe con palmas y arcos a quien ayer arrojó del solio entre silbos y poco menos que a mojicones! Casos y casos de esto he visto yo... y aún espero verlos, que los hombres públicos de mi tierra tienen muchos Domingos de Ramos, en lo cual aventajan a Cristo. Y hago punto, que no estoy para belenes de política.

Maza se había curado, con algunos obsequios que le hiciera la huanuqueña, el verdugón del chicotillazo; y el público, engatusado, como siempre, por agentes diestros, ardía en impaciencia para volver a aplaudir a su actriz favorita.

(1).—El hijo de tan connotados amantes se llamó Manuel de Amat y Villegas. Véase el interesante artículo de Andrés Echevarría Maúrtua, publicado en "El Comercio" del 18 de enero de 1935. Edición extraordinaria con motivo del IV Centenario de la Fundación de Lima.

En efecto, el 4 de noviembre, es decir mes y medio de hechas las paces entre los amantes, se presentó la Perricholi en la escena, cantando, antes de la comedia, una tonadilla nueva en la que había una copla de satisfacción para el público.

Aquella noche recibió la Perricholi la ovación más espléndida de que, hasta entonces, dieran noticia los fastos de nuestro vetusto gallinero o coliseo.

Agrega el pícaro autor del librejo, que Miquita apareció en la escena revelando timidez; pero que el Virrey la comunicó aliento, diciéndola desde su palco:

—Eh! no hay que "acholarse", valor y cantar bien.

Pero a quien supo todo aquello a chicharrones de sebo fué a Inesilla que, durante el año y medio de eclipse de su rival, había estado funcionando de primera dama. No quizo resignarse ya a ser segunda de la Perricholi, y se escapó para Lurín, de donde la trajeron presa. Ella, por salir de la cárcel, rompió su contrato, y con él... su porvenir.

V

Relevado Amat en 1776, con el virrey Guirior, y mientras arreglaba las maletas para volver a España, circularon en Lima coplas a porrillo, lamentándose, en unas, y festejándose, en otras, la separación del mandatario. Las más graciosas de esas versainas son las tituladas Testamento de Amat, Conversata entre Guarapo y Champa,

Tristes de Doña Estatira y Diálogo entre la Culebra y la Ráscate con vidrio.

Entre los manuscritos de la Biblioteca de Lima se encuentra el siguiente romancillo, que copio por referirse a nuestra actriz.

LAMENTOS Y SUSPIROS DE LA PERRICHOLI POR LA AUSENCIA DE SU AMANTE EL SEÑOR DON MANUEL DE AMAT A LOS REINOS DE ESPAÑA

Ya murió la esperanza
de mis deseos,
pues se ausentan las luces
del mejor Febo.
Ya no logran las tablas
cadencia y metro
pues el compás les falta
a los conciertos.
Mi voz está perdida
y sin aliento;
mas ¿qué mucho si el alma
le falta al pecho?
Estatua seré fría
o mármol yerto,
sin que Amor en mi labre
aras, ni templos.

Lloren las ninfas todas
del coliseo
que Apolo se retira
de los festejos;
Aquel grande caudillo
del galanteo,
que al dios de los amores
ofrece inciensos.
Mirad si con justicia
yo me lamento,
que tutelar no tienen
ya nuestros huertos.
No gozarán las flores
verdes recreos,
por faltar el cultivo
del jardinero.

Ay! yo fijé la rueda
de sus afectos,
y otras fueron pavesas
de sus incendios.
Ya no habrá Miraflores
ni más paseos,
en que Júpiter quiso
ser mi escudero.

Mas ¡ay de mí! infelice
que hago recuerdo
de glorias que han pasado
a ser tormento.
Negras sombras rodean
mis pensamientos,
cual cometa que anuncia
tristes sucesos.

Oh fortuna inconstante!
Ya considero
que mi suerte se vuelve
al ser primero.
Aunque injurias me causen
crudos los tiempos
mi fineza y cariño
serán eternos.
Mi carroza luciente
que fué su obsequio,
sirva al dolor de tumba,
de mausoleo.
Pero en tan honda pena,
para consuelo,
me queda un cupidillo
vivo y travieso.

Es su imagen, su imagen,
y, según veo,
original parece,
aunque pequeño.
Hijo de mis amores,
Adonis bello,
llora tanta desgracia,
llora y .loremos.
Si es preciso que sufras
golpe más fiero,
mis ojos serán mares,
mis quejas remos,
Navega, pues, navega,
mi dulce dueño,
y Tetis te acompañe
con mis lamentos.

Bien chavacana, en verdad, es la mitológica musa que dió vida a estos versos; pero, gracias a élla, podrá el lector formarse cabal concepto de la época y de los personajes.

V I

Así Lavalle como Radiguet, en L'Amérique Espagnole, y Merimé, en su comedia La Carrose de Saint Sacrament, refieren que cuando el rey de Nápoles, que después fué Carlos III de España, concedió a Amat la gran

orden de San Genaro, (gracia que fué celebrada en Lima con fiestas regias, pues hasta se lidiaron toros en la Plaza Mayor) la Perricholi tuvo la audacia de concurrir a éllas en carroza arrastrada por doble tiro de mulas, privilegio especial de los títulos de Castilla.

“Realizó su intento (dice Lavalle) con grande escándalo de la aristocracia de Lima; recorrió las calles y la Alameda en una soberbia carroza cubierta de doradas y primorosas pinturas, arrastrada por cuatro mulas conducidas por postillones brillantemente vestidos, con libreas galoneadas de plata, iguales a las de los lacayos que montaban en la zaga. Más cuando volvía a su casa, radiante de hermosura y gozando del placer que procura la vanidad satisfecha, se encontró por la calle de San Lázaro, con un sacerdote de la parroquia que conducía a pié el Sagrado Viático.— Su corazón se desgarró, al contraste de su esplendor de cortesana con la pobreza del Hombre-Dios; de su orgullo humano con la humildad divina; y descendiendo rápidamente de su carruaje, hizo subir a él al modesto sacerdote que llevaba en sus manos el cuerpo de Cristo. Anegada en lágrimas de ternura, acompañó al Santo de los Santos, arrastrando por las calles sus encajes y brocados; y no que riendo profanar el carruaje que había sido purificado con la presencia de su Dios, regaló en el acto carruaje y tiros, lacayos y libreas, a la parroquia de San Lázaro”.

El hecho es cierto tal como lo relata Lavalle, excepto en un pormenor. No fué en los festejos dados a Amat, por haber recibido la banda y cruz de San Genaro, sino en la fiesta de la Porciúncula, (que se celebraba en la Iglesia de

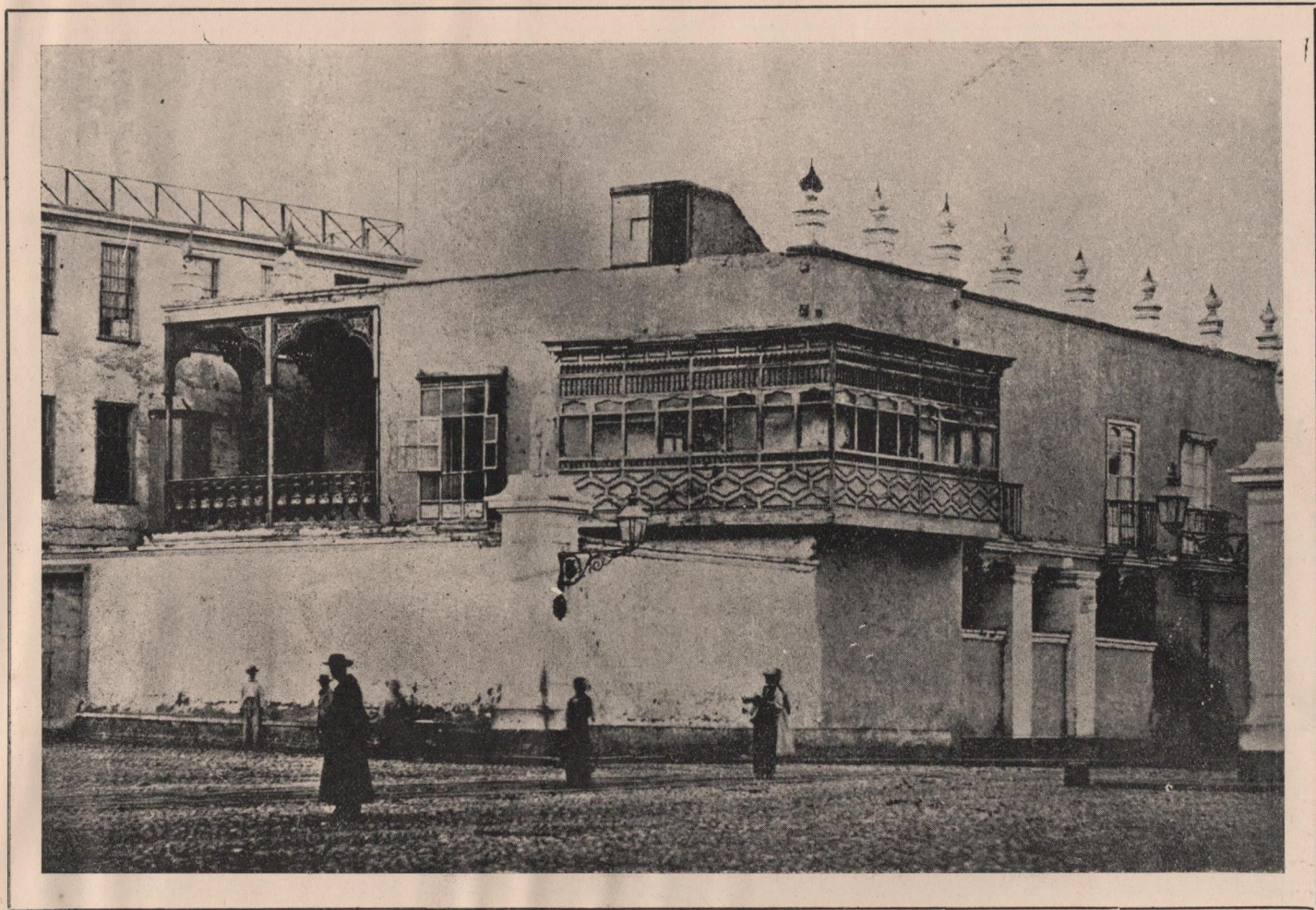
los padres descalzos y a cuya alameda concurría esa tarde, en lujosísimos coches, toda la aristocracia de Lima) cuando la Perricholi hizo a la Parroquia tan valioso obsequio.

No hace aún veinte años que, en el patio de una casa-huerta, en la Alameda, se enseñaba como curiosidad histórica el carruaje de la Perricholi, que era de forma tosca y pesada, y que las inclemencias del tiempo habían convertido en mueble inútil para el servicio de la Parroquia. El que esto escribe tuvo entonces ocasión de contemplarlo.

V I I

Al retirarse Amat para España, donde a la edad de ochenta años contrajo, en Cataluña, matrimonio con una de sus sobrinas, la Perricholi se despidió para siempre del teatro, y vistiendo el hábito de las carmelitas hizo olvidar, con la austeridad de su vida y costumbres, los escándalos de su juventud. Sus tesoros los consagró al socorro de los desventurados, y cuando (dice Radiguet) cubierta de las bendiciones de los pobres, cuya miseria aliviara con generosa mano, murió en 1812, en la casa de la Alameda Vieja, la acompañó el sentimiento unánime y dejó gratos recuerdos al pueblo limeño.

Ricardo Palma



Vista exterior de la que fué casa de la Perricholi (En la actualidad Fábrica de Cerveza
Backus & Johnston's Brewery).



Un aspecto interior de la que fué casa de la Perricholi.



Tribuna oficial el día de la inauguración.



Una vista de la concurrencia a la ceremonia de inauguración del Paseo de Aguas.

Discurso del Alcalde del Rímac Dr. Augusto Thorndike

INAUGURANDO EL HISTORICO PASEO DE AGUAS

Señor Presidente de la República:

Con este ceremonial realzado por vuestra presencia, el Distrito del Rímac celebra hoy la inauguración del histórico Paseo de Aguas, debidamente restaurado y del Parque del mismo nombre. Se ha cumplido así un anhelo largamente sentido y expresado, salvando de la ruina y del olvido este monumento que se relaciona con un recuerdo del pasado colonial, estrechamente ligado a una de nuestras más sugestivas tradiciones históricas. Para el Distrito del Rímac, rincón de pretéritas evocaciones, tiene, además, la reconstrucción del Paseo de Aguas, que hoy se exhibe a la contemplación pública en toda su majestad y belleza, la importancia de una obra de ornato que ha venido a sanear este sector antes relegado al más completo abandono. De allí que este acto inaugural se solemniza con vuestra presencia, como estímulo a las obras que significan aliento y progreso colectivo, que es la tendencia que anima siempre vuestros actos de gobernante.

El Perú, durante los beneficiosos años de vuestro Gobierno, ha experimentado una transformación profunda en todos los órdenes de su existencia, revelada por las numerosas obras de progreso y engrandecimiento realizadas en todo el territorio de la República, y que usted, con su

acendrado patriotismo y amplia visión de estadista, ha logrado impulsar por medio del desarrollo de la vialidad e irrigación, fuentes de nuestra riqueza, ejecución de importantes obras portuarias y beneficiosas medidas de asistencia y justicia social, cristalizadas en las sabias leyes que amparan al obrero en su trabajo y en su hogar, resguardando así la integridad del capital humano, fuerza primordial de toda nacionalidad. Al mismo tiempo habéis prestado vuestro consejo, apoyo y experiencia a toda obra que signifique el progreso y bienestar de nuestras ciudades. Como natural consecuencia, las instituciones edilicias han sentido y deben sentir el imperativo de cooperar en este importante aspecto de vuestra obra gubernativa. El Concejo del Rímac, modestamente, dentro de su esfera de acción, cree haberse esforzado por cooperar en este aspecto de vuestra gestión, mediante la ejecución de un plan de obras públicas en el Distrito.

Pocos monumentos existen en la Ciudad de los Reyes, más sugerentes y auténticamente coloniales, como el Paseo de Aguas; surgió al conjuro del amor de un virrey amante y una criolla encantadora, que lo sedujo con su gracia y su donaire. Representa, así, el triunfo del hechizo proverbial de la limeña, que la ha hecho única entre las mujeres de Hispanoamérica.

Al influjo de la fantasía, evocamos aquellos días en que el Virrey Amat se refugiaba en este rincón, buscando descanso a sus inquietudes en el regazo de la Perricholi legendaria, no obstante el grave denuesto de la orgullosa y atildada aristocracia colonial; surgiendo en su corazón el deseo de halagar a su dama ofrendándole este paseo. Vemos entonces los amplios y floridos jardines de la Alameda de los Descalzos, animados por la muchedumbre de cuanto en linaje y fortuna encerraba la ciudad fundada por Pizarro; éste era el lugar preferido de los señores y de las damas de alcurnia; áureas calesas se deslizaban por sus encrucijadas, decoradas con lacayos de libreas pintorescas y haladas por parejas de fogosos corceles o de mulas trahumantes. Rompíase de esta manera la silente monotonía de la quieta y simplista estancia virreinal. Y al extremo, haciendo marco a estas citas y escarceos de marqueses, condes y damas linajudas, irguiéndose, como cerco oriental en los cuentos árabes, la arquería del Paseo de Aguas, con su cascada transparente y argentina y sus frondas y jardines perfumando el ambiente. Allá, en el recuerdo, la casa de Micaela Villegas, donde el virrey galante daba suelta a sus sentimentalismos, en compensación a las graves preocupaciones del gobierno de estas tierras y pueblos del Perú, alimentando su espíritu con el idilio vivificante, porque conforme al dicho de Pascal: "El amor nunca muere, siempre está naciendo".

Después, el tiempo había envuelto en sombras de olvido este rincón propicio a las evocaciones, amenazando convertir en un montón de escombros lo que otrora fuera

lugar de esparcimiento y de episodios románticos. Los muros del Paseo de Aguas, envejecidos y derruidos, demandaban, con insistencia su renovación. Por eso, entre las obras proyectadas en el año 1934, el Concejo del Rímac, que me honro en presidir, al iniciar su gestión edilicia, consideró, en primer término, la ejecución de la obra que hoy se inaugura, como aporte del Distrito al embellecimiento de la Capital, con motivo de la celebración del IV Centenario de su fundación. Con tal propósito se enviaron los planos y presupuestos respectivos al Concejo Provincial de Lima; pero, sensiblemente, por circunstancias insalvables en aquel entonces, esta obra fué postergada; sin embargo, el anteproyecto quedó esbozado conforme a la inspiración del recordado arquitecto señor Manuel Piqueras Cotoli.

Como la rehabilitación de este monumento histórico era una necesidad impostergable, volvió a ponerse de actualidad con motivo de la celebración en esta ciudad de la VIII Conferencia Panamericana, el año último. De allí que, de acuerdo con la Comisión Municipal de Restauración Histórica de Lima, se envió nuevamente el proyecto para su aprobación por el Concejo Provincial de Lima, y previos los acuerdos necesarios y la legalización del expediente respectivo, en el mes de octubre se emprendieron los trabajos iniciales.

Fué preciso, en primer lugar, eliminar los basurales existentes, demoliendo las inservibles paredes de construcciones posteriores que cercaban el Paseo. En seguida se emprendieron las obras de nivelación del terreno, canali-

zación, en la parte pertinente, del río Piedra Liza, reconstrucción del histórico muro, del que se vierte la caída de agua, restablecida con todo acierto, formación de jardines y espejos de agua, y pavimentación de todo el contorno; por último se procedió a la refacción total de los muros y fachadas de los inmuebles circundantes, dentro del estilo colonial apropiado al ambiente.

Constituye un postulado que la mejor manera de forjar y consolidar la personalidad de un pueblo, es relievan-do los hechos y monumentos que ejercen trascendental su-gerencia en su vida y en su evolución: el Paseo de Aguas, no obstante su simplicidad objetiva, tiene esta importancia secular. En consideración a este precepto se le ha recons-truído con creces, devolviéndole su tradicional prestancia, pese al prosaísmo dominante en nuestra época. Hoy, co-mo antaño, ha de servir para solazar el espíritu; porque al vagar entre sus aledaños y fuentes, añorando y revi-viendo los días pretéritos, nos parece contemplar el des-file de calesas deslumbrantes y el ir y venir de fastuosos y galantes personajes.

Es de presumir que, en adelante, seguirá siendo un lugar de atracción y ensueño, fiel a su tradición, nimba-do con los emotivos recuerdos entretejidos por la leyenda. Y esta será la mejor recompensa al esfuerzo desplegado por el Concejo del Rímac, empeñoso siempre en conservar y destacar lo que hay de más genuino en este sector de la Capital, para exhibirlo a la curiosidad y admiración del turista y del viajero.

Señor Presidente:

Al ímpetu creador y optimista que habéis sabido im-primir a las fuerzas vitales de la nación, se debe la ejecu-ción de esta importante y costosa obra, ante cuya reali-zación el Municipio del Rímac testimonia su agradecimien-to a todas las entidades que le prestaron su concurso inte-ligente y decidido; de manera especial a la Comisión de Restauración de Monumentos Históricos, que presidida por el doctor Mariano Peña Prado, apoyó y alentó, en todo momento, esta obra, manifestándose con ello la coor-dinación existente en todos los elementos que contribuyen hoy, bajo vuestra inspiración, al progreso del país. En nombre del Concejo Distrital del Rímac os agradezco vues-tra asistencia a esta ceremonia y os invito a declarar i-naugurado el Paseo de Aguas.

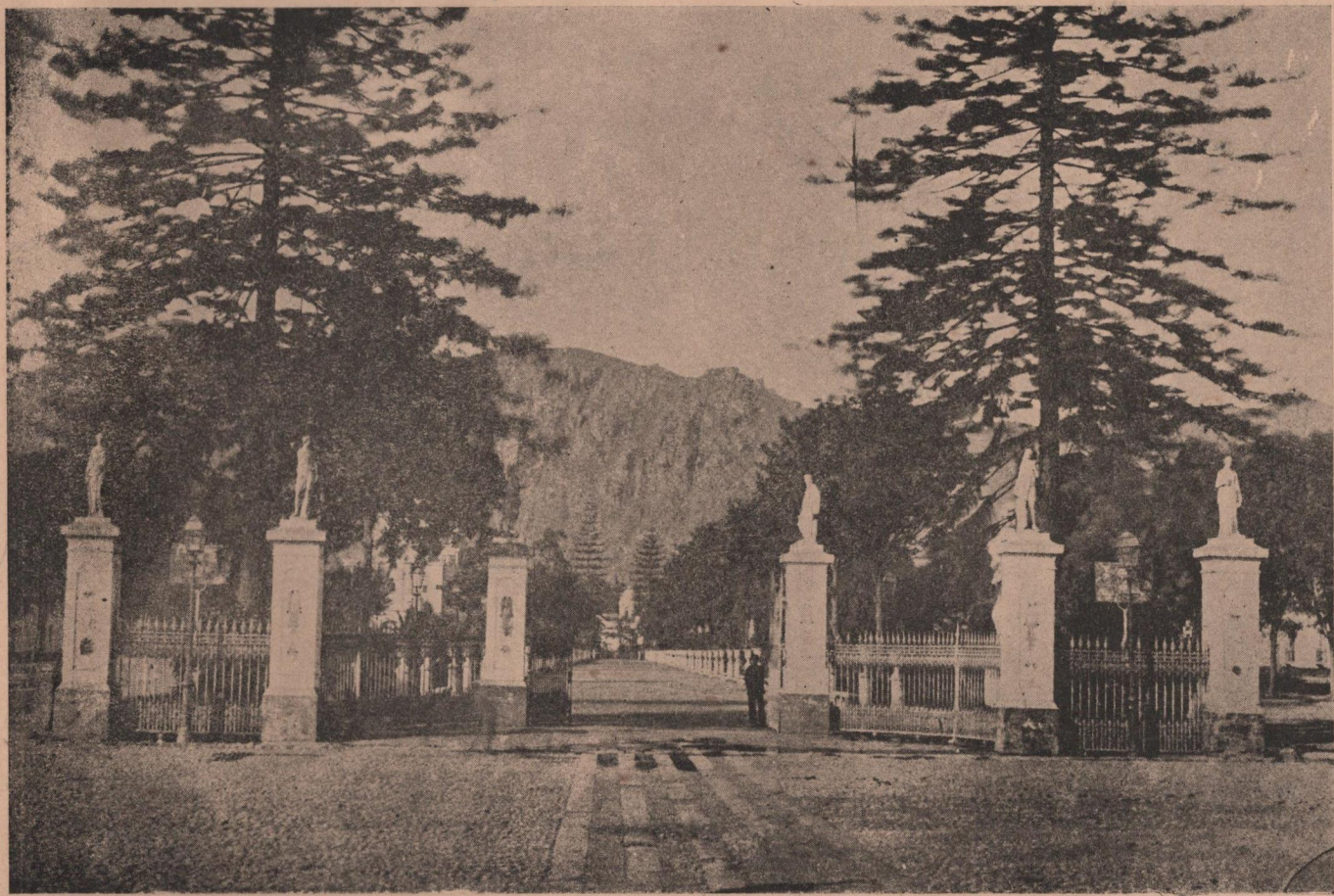
PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Al dejar inaugurado esta importante y bella obra del Paseo de Aguas, que trae a la mente bellos recuerdos del pasado, agradezco las frases vertidas por el dinámico al-calde del Rímac y felicito al Municipio de este Distrito, así como a la Comisión de Restauración de Monumentos His-tóricos que han puesto todo empeño en culminar esta o-bra, poniendo de manifiesto, al igual que todas las insti-tuciones oficiales, en esta hora decisiva para el país, su de-cidido empeño por alcanzar el mayor engrandecimiento nacional.

Declaro inaugurado el Paseo de Aguas



Sr. Dr. AUGUSTO THORNDIKE, Alcalde del Concejo Distrital del Rímac.



Vista actual de la hermosa Alameda de los Descalzos, que hace conjunto con el Paseo de Aguas.

Algunos Comentarios de la Prensa

Uno de los monumentos históricos y tradicionales del pasado limeño fué el Paseo de Aguas, situado, como se sabe, en los barrios bajopontinos, y construído a fines del siglo XVIII por el entonces gobernante del Perú, el trigésimo primer virrey, don Manuel Amat y Junient, que tomó el mando el 12 de octubre de 1761.

El Virrey Amat, hombre lleno de prejuicios religiosos, y, a la vez, por su cuna y por su origen, acostumbrado a la vida fácil, amable y ponderada, al llegar a la Ciudad de los Reyes como absoluto representante de los soberanos de España, hizo de Lima una segunda Versalles. Verdad es que su época de gobierno tuvo momentos muy difíciles, pues el nuevo Rey de España Carlos III, le ordenó, como lo había hecho en la península y sus dominios, la inmediata expulsión de los jesuítas, según las instrucciones reservadas firmadas por el Conde de Aranda y refrendadas por el soberano español.

Lo sugestivo, lo atrayente, lo anecdótico y lo novelesco del Virrey Amat es el escándalo, por decirlo así, que producen en la timorata y catolicísima Lima de la época, sus amores seniles con la actriz Micaela Villegas, "La Perricholi". Esta aventura del donjuanesco gobernante ha dado lugar a una serie de artículos y tradiciones. Bien conocidas son aquellas de la "Carroza del Santísimo Sacramento" y "El Puente de San Luis Rey", escritas, respectivamente, por un novelista francés y un norteamericano.

Al respecto, Basilio Hall dice lo siguiente: "La señora Perricholi se hace dueña del Palacio—Quinta de Presa—Todos sus pedidos éranle inmediatamente concedidos". Refiere, luego, el cronista la tan conocida tradición de la culesa en la cual paseó la Perricholi su atrayente belleza, demostrando el dominio que tenía sobre el anciano gobernante. Y así, de estos amores surgió, por capricho de la Perricholi, un juego de aguas. "Acueductos, jardines y sur-

tidores que pusieron la nota de colorido y gracia que su sensibilidad reclamaba. Y Amat empezó a construir el Paseo de Aguas”.

(“El Comercio”.— 2 de abril de 1939).

El sábado se inaugura el Paseo de Aguas, tradicional zona de la Lima vieja e histórica, que hizo de la Perricholi y del Virrey Amat una de sus más bellas leyendas.

El mencionado representante de la Casa de España proyectó, para recreo de su amante, un paseo lleno de surtidores y de fuentes, con una gran muralla de la que caerá una cascada. Pero el proyecto se detuvo en la construcción de la muralla. Y los años pasaron uno tras de otro. Inmundos corralones circundaron lo que había de ser el encanto de aquella típica limeña de nuestras historias vi-reynales. Y se perdió así uno de los motivos de posible encanto.

Los turistas de hoy vienen a la Lima de la Perricholi, a la Lima del “Puente de San Luis Rey”, a la Lima de los amores del hijo del Virrey español y de la criolla de la Alameda de los Descalzos. Y preguntan por los rastros que ha dejado la historia galante de la época colonial. Y se refieren al Paseo de Aguas. Hasta ahora no se podía llevarles a que presenciaran, entre escombros y sucios pampones, lo que había quedado de la muralla. Desde 1934 se pensó reconstruir el Paseo de Aguas, de acuerdo con el sentido arquitectónico de la época de Amat. El escultor

y arquitecto Piqueras Cotolí presentó un magnífico proyecto al Municipio del Rímac. Y recién desde el año pasado se iniciaron los trabajos, auspiciados por la Comisión de Restauración de Monumentos Coloniales, que nominara el Gobierno con ocasión de la Conferencia Panamericana.

Se ha reconstruido la muralla dentro de las líneas arquitectónicas de la colonia, presentando un bello aspecto los arcos y capiteles que reafirman el valor incontrastable de la piedra. En el día de la inauguración, la cascada caerá de lo alto de la muralla, realizándose así el sueño de Amat en el canto diario de la caída del agua. El Paseo está arreglado con baldosas, imitando las de la época, y se han colocado dos espejos de agua, donde se refleja tanto la belleza de la muralla, como los edificios reconstruidos dentro de un marcado gusto colonial.

El Municipio del Rímac ha contribuido a la obra de reconstrucción de los valores artísticos de nuestra capital, en que se halla empeñado el Gobierno, que ha comprendido que en las bellas tradiciones se va enlazando el alma de un país. Y así se forma unidad patria, configuración definitiva de un Perú para todos los peruanos.

En los rincones señoriales de la Lima del pretérito está el alma que palpó un día en el Perú y de la que es continuación, estirpe, nuestra actual nacionalidad.

(“La Crónica”.— 25 de mayo de 1939)

El perfumado recuerdo del Perú en el Coloniaje, evocado, con pluma maestra, por Ricardo Palma, el insigne tradicionalista limeño, llena, durante varios siglos, la Historia de este país. Y, entonces la Perla del Pacífico, cobra fisonomía esplendorosa. El representante del trono de España, a nombre de Su Majestad Católica, gobierna el Perú, en época de fausto, apogeo, lujo. Eran fines del siglo XVIII, siglo versallesco y sensual. Don Manuel Amat y Junient, 31º Virrey, asume el cargo en 12 de octubre de 1761. Es un hombre bastante anciano. A pesar de esto no pierde ocasión de hacer gala de su espíritu donjuanesco. Reinaba Carlos III, que dispuso la expulsión de los religiosos jesuitas. El Virrey Amat, poco tiempo después que arribó al Perú, se prendó, con locura, de una linda actriz huanuqueña, Micaela Villegas, que tal era su nombre, correspondió al Virrey, sincera o aparentemente. Miquita, fué, más o menos, en el Perú, algo así como lo fué en Francia, la célebre Marquesa de Pompadour, Gobernaba, subterráneamente, el país. Lo que le pedía a Amat era una orden. Tan pronto salía la petición de sus rojos y jugosos labios, besados con frenesí por el valetudinario Virrey, se cumplía. "La Perricholi", llamaba Amat a Miquita. Es fama que ella pasó sus últimos días, después de sus escandalosos devaneos, arrependida.

Pues bien, el Virrey Amat hizo construir para "La Perricholi" el palacio de la Quinta de Presa. El llamado Paseo de Aguas, al lado de la Alameda de los Descalzos. Un alarde de gusto artístico. Un soberbio juego de aguas. Jardines edénicos. Surtidores cantarinos. Gracia. Belleza

Un pedazo del Palacio de Versalles, pleno de encantos y de lírica poesía, digno de ser cantado por un trovador romántico de la Edad Media.

"La Semana"— 15 de abril de 1939

IMPRESION DE UN VIEJO VECINO DEL RIMAC:

"La reconstrucción del Paseo de Aguas satisface un anhelo sentido por toda la colectividad bajopontina. Se había postergado mucho tiempo. Tiene toda la importancia histórica que se le quiera dar, porque además de representar uno de los muy pocos monumentos históricos de la colonia, en el cual se concentra el clasismo de la época, es la expresión viva de esos amores románticos que tanto ruido hicieron y que aún se recuerdan con cierto dulce encanto. Me refiero a la Perricholi y al Virrey Amat. Y, además, ustedes saben muy bien, que estas cosas atraen a los turistas, quienes muchas veces, conocen mejor que nosotros nuestra tradición. Los viejos como yo, que hemos visto destruirse este Paseo de Aguas, perdiéndose en la penumbra del olvido, apreciamos en todo lo que vale la obra de este joven Alcalde, cuya labor es tan edificante y patriótica, que no podremos nunca agradecerla como merece". Y, diciendo así nuestro improvisado interlocutor se retira con paso lento, como si quisiera, en su trayectoria, recojer tantos recuerdos, en los que, a lo mejor, existen para él también la semblanza de su pasada juventud....

("Informaciones Gráficas"— Callao, 27 de abril de 1939.)

La reconstrucción del Paseo de Aguas viene a satisfacer un anhelo hondamente sentido por la colectividad.— Postergada en diversas ocasiones, en esta vez se ha convertido en hermosa realidad.— Desde el punto de vista histórico—sin hipérbole—tiene una trascendencia excepcional; no sólo porque representa uno de los monumentos más genuinos y auténticos que quedan de la época colonial, de características artísticas y típicamente originales, sino también porque la tradición lo ha vinculado a episodios románticos y galantes —de sabor criollo— del Virrey Amat y la Perricholi.— Motivos suficientes para que llamen, vivamente, la atención y el interés de los viajeros y turistas que, con frecuencia, visitan nuestra Capital.

De otro lado, es un monumento que por sus peculiaridades anotadas de creación colonial y vernácula, casi común en todas las que fueron colonias españolas, tiene proyecciones continentales muy dignas de tenerse en especial consideración.

Por último, su reconstrucción es un exponente de progreso y ornato que ha venido a higienizar y embellecer un sector importante de este Distrito, con la consiguiente plus valía de las fincas vecinas; convirtiéndose también en lugar de recreo y atracción de primer orden, entre los que tiene Lima.

(“Blanco y Negro”— 3 de abril de 1939)



W. HART
TRADE
MARK